

Conversando en el infierno

Jesús G. Cívico

Pertinencia: Ese ruido de fondo

«Es clásico lo que tiende a relegar la actualidad a la categoría de ruido de fondo, pero al mismo tiempo no puede prescindir de ese ruido de fondo». Italo Calvino proponía, entre otras, esta definición de clásico en su conocida introducción (en realidad *invitación*) a la lectura de aquellos libros cuya mejor razón para la lectura es, en definitiva, que es mejor leerlos que no leerlos.

Pero conviniendo en que los clásicos son también aquellas obras que producen el máximo rendimiento en la alternancia, sabiamente dosificada, de la lectura de la actualidad, y en cumplimiento del requisito *up to date*, se podría añadir –otra vez con Calvino–: «Es clásico lo que persiste como ruido de fondo incluso allí donde la actualidad más incompatible se impone»^①.

La lectura de la actualidad política (de la *gran política*), aún no adelantemos si incompatible con los clásicos o no, sigue haciendo popular como un ensordecedor rumor de fondo el argumento según el cual a veces los medios (por ejemplo la tortura, la guerra) son necesarios para conseguir un fin.

Hace quinientos años, inaugurando lo que se ha venido en llamar con dudoso rigor «ciencia política», Nicolás Maquiavelo escribió un curioso, por original, libro de consejos para príncipes en un mundo en guerra. Al cabo del tiempo esa obra también se hizo popular. Una lectura de fondo podría incidir en la relación interna entre la *virtú* política y la Fortuna como hilo conductor de su filosofía política, y en este sentido habrían de insistir las obras monumentales de Claude Lefort *Le travail de l'oeuvre Machiavel* en 1972 o de

John Greville Agard Pocock *The Machavelian Moment* en 1975. Sin embargo, la interpretación popular vino a afirmar que significó la ruptura de la conexión entre política y ética, y a fin de cuentas, que significó también la justificación ideológica del uso de cualquier medio para la consecución de un fin.

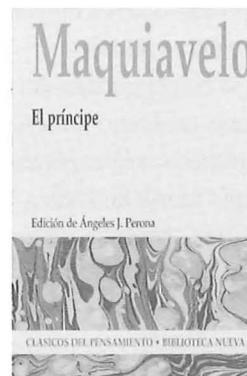
Y es que mucho antes de que con el adjetivo «maquiavélico» ocurriera lo mismo que con el adjetivo «kafkiano», esto es, que pusiera en guardia al interlocutor acerca de la legitimidad (normalmente más restringida) de su uso, Maquiavelo ya se había convertido en un clásico.

Ensalzado por Bacon y Spinoza a partir de su perspectiva de la realidad de las cosas (tan lejos luego de la autocomplacencia ilustrada), escándalo de Voltaire y Federico II, citado en los procesos de Moscú... como todo autor más nombrado que leído, la figura enjuta de Maquiavelo ha comparecido en un recurrir cíclico como

referencia constante en la sempiterna actualidad del inconveniente del poder y el estímulo político, de su legitimidad, y concretamente en el problema de la «razón de Estado»^②.

Sin duda que la relación de este clásico del pensamiento político, con la memoria, pero también con el poder de los príncipes de hoy, con su legitimidad, y más concretamente, con la obstinada presencia de la guerra, ha estado en la mente de la autora de la edición de *El Príncipe* de Maquiavelo que nos ocupa ^③.

Ángeles Jiménez Perona es profesora titular de la Universidad Complutense de Madrid, miembro del Instituto de Investigaciones Feministas de la misma Universidad y ha centrado su interés filosófico en el sujeto moderno como individuo y la racionalidad contemplada desde la epistemología de las ciencias sociales, la teoría feminista y la historia de la filosofía moderna y contemporánea. Y en efecto, la responsable del



Nicolás Maquiavelo
El príncipe
traducción, edición, notas y estudio preliminar de Ángeles J. Perona, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, 160 págs.

① Italo Calvino, *Por qué leer los clásicos*, Barcelona, Tusquets, 1995.

② Para un estudio de las lecturas de Maquiavelo a través de los siglos puede verse el trabajo ya clásico de Hans Baron, *En busca del humanismo cívico florentino. Ensayos sobre el cambio del pensamiento medieval al moderno*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

③ En este sentido, vid., Ángeles J. Perona, «Perplejidades sobre el arte de la guerra», *Cuadernos de Materiales* Núm. 19 *La Academia y la guerra*, Octubre 2003 - mayo 2004; Para una reflexión general vid., Thomas Nagel y Thomas Scanlon (eds.), *War and Moral Responsibility*, Princeton, Princeton University Press, 1974, págs. 62-82.

estudio preliminar, de la traducción y notas, no ha dejado de enlazar presente y pasado, destacando continuidades, vigencias y relevancias desde la modernidad de la que Nicolás Maquiavelo ocupa un lugar temprano pero destacado ④.

La confluencia de todos estos intereses en el análisis de la obra más conocida de Maquiavelo, nos ofrece una inteligente y pertinente introducción al pensamiento del famoso consejero florentino.

¿Qué nos aporta este clásico? ¿Qué aporta esta edición en la colección Clásicos del Pensamiento de la editorial Biblioteca Nueva?

El prefijo iterativo «re» delante del verbo «leer» que certifica, al referirnos al examen de *Il Principe*, su condición (una vez más) de clásico *vivo*, avala también su dinamismo exegético, su moderna condición de *locus* de cuestiones sobre las que reflexionar.

La propuesta de *relectura* en esta edición de Biblioteca Nueva gira principalmente entorno al marco ideológico de referencia del autor: el republicanismo en el sentido clásico romano, esto es, como modelo ideal de organización socio-política. Y es que a pesar de que la cultura pueda hoy, *de una vez por todas*, la superación de su uso como conjunto de tópicos, la interpretación maquiaveliana no ha conseguido del todo sustraerse de un juicio parcial y deudor de glosas realizadas a la única luz de *El Príncipe*, o como reiteradamente señala Jiménez Perona, una interpretación que no tiene en cuenta el gran tratado político que es *Los discursos sobre la primera década de Tito Livio*.

Se trata pues, ésta, de una lectura libre de tópicos moralistas y edificantes, que recuerda las coordenadas necesarias para su comprensión (la concepción de la Historia, de la «naturaleza humana» y de la *virtú*) a la vez que señala la profunda complementariedad con los *Discursos*, pudiendo decir que *El Príncipe* es una parte de una reflexión más general sobre la política contenida sobre todo en estos.

El hombre «como es en realidad»

Maquiavelo inaugura el comienzo de un relato, admirablemente expuesto por cierto por Albert O. Hirschman al hilo de la génesis del moderno declive de las pasiones a favor del cálculo y del interés, según el cual al intentar instruir al príncipe sobre el modo de alcanzar, mantener y aumentar el poder, Maquiavelo trazó la celebrada distinción entre «la verdadera realidad de las cosas» y «las repúblicas y principados que nunca se han visto ni se ha sabido que existieran realmente». La implicación era que los filósofos moralistas y políticos habían hablado hasta entonces de las segundas sin proporcionar una guía para el mundo real en el que el príncipe debe actuar. Esta petición de un enfoque científico y positivo se generalizó, como es sabido, después desde el príncipe al individuo, desde la naturaleza del Estado a la naturaleza humana. Si para el sociólogo alemán, Maquiavelo consideró que una teoría realista del Estado requería un conocimiento de la naturaleza humana, «pero sus observaciones en este aspecto serían, aunque siempre agudas, esparcidas y no sistemáticas»⑤, para la autora de esta edición esa falta de sistematización no es obstáculo para poder distinguir el pensamiento de Maquiavelo de la arbitrariedad totalitaria de la *Realpolitik* posterior. Y esto a partir de unos pilares teóricos siempre pertinentes.

Historia, y «naturaleza humana»

Otro rumor de fondo, en este caso popular, dice que los «grandes hombres» de hoy, los políticos, tienen sus propios adivinos, y por tanto sus oráculos. El «oráculo» que Maquiavelo aconseja como guía de actuación mira hacia el pasado, hacia la Historia.

Sin referencia trascendente que la dote de sentido, Maquiavelo elabora una noción de historia muy diferente a la de inspiración cristiana y luego Ilustrada. Ajena a la providencia divina, o a la posterior noción de progreso lineal y creciente, esa historia no vin-

④ Como síntesis de ese interés pertinente aquí, *vid.*, Ángeles J. Perona, «Maquiavelo y la constitución del sujeto político», en C. Amorós (comp.), *Actas del Seminario Permanente Feminismo e Ilustración 1988-1992*, Madrid, Instituto de Investigaciones Feministas de la UCM, 1992, págs. 29-37.

⑤ Albert O. Hirschman, *Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos a favor del capitalismo previos a su triunfo*, (1977), Barcelona, Península, 1999, págs. 37-38.

cula su validez a una reconciliación final depuradora de todo conflicto. Sin referencia trascendente pero también sin caos azaroso, dotada de una estructura continua que conecta todo acontecimiento, frente a la historia como flecha se halla la historia circular.

Estructuralmente repetitiva como ley, precisamente esa circularidad legaliforme es la condición de posibilidad para la obtención de lecciones políticas. Para Maquiavelo, tal curso circular no se puede detener ni evitar, pero sí cabe intervenir en él para paliar los efectos perversos de cada situación o potenciar los beneficiosos. La historia como muestrario de acciones humanas individuales y sus consecuencias sociales está en continuidad causal y racional con los agentes, quienes pueden emplear ese conocimiento como guía de acción.

Continuismo ontológico con el agente, circularidad polibiana, narración que encadena y compone los acontecimientos para comprender su sentido, el pasado como fuente de conocimiento... ¿Qué consejos extraer de la experiencia y del pasado? Desde una perspectiva racional e inmanente Maquiavelo expone con carácter *utens* y *docens* los casos históricos singulares de «los grandes hombres», a la vez que describe una naturaleza humana plural pero limitada por las capacidades propias: la *virtú* y la *ambición*.

¿Franqueza excesiva? ¿Apología del mal? Cabe recordar que Maquiavelo se propone hablar de las repúblicas y principados que existan realmente y no de aquellos que nunca se han visto ni sabido que existirían.

Y es que otro conocido escéptico de la utopía, Emil Cioran, igualmente irreverente, pedía que se comparara los *Ejercicios espirituales* «tan astutos bajo su aspecto desenfadado» con «la franqueza desnuda de *El Príncipe*» para medir «la distancia que separa las astucias de un confesionario de las astucias de un trono»⁶. Distancia debida quizás a que el mal del que habla Maquiavelo no es un mal trascendental. La ambición es un pecado político. Consiste en anteponer el

interés propio al interés común e implica una constante fuente de inestabilidad y conflicto socio-político. Más que un estudio psicológico de las pasiones, «el objetivo es mostrar la ineludible necesidad de un Estado en el que impere la *virtú*». Jiménez Perona trae los *Discursos* y el *Capítulo de la Ambición* para que se repare en la forma en que Maquiavelo, prefigurando el Estado moderno, alude al ente dotado del uso legítimo de la violencia, en el que ésta y las buenas leyes ponen freno a la ambición, consustancial a la naturaleza humana y la principal causa de infelicidad (pág. 28). Si el mal no es un problema teológico –consecuencia de una hipotética falta originaria– sino un problema político –consecuencia de la ambición como guía de la acción humana–, el objetivo tampoco será redimirse en otro mundo, sino en éste.

Virtú y Fortuna. Republicanismo y vivere civile

A ese respecto, Maquiavelo articula su filosofía de la historia secularizando el símbolo semi-mítico de la Fortuna. A la manera renacentista, Maquiavelo retoma la figura clásica femenina, esto es, no como fuerza inexorable sino semejante a una buena diosa en la que cabe influir para que se vuelva hacia nosotros. La Fortuna también es mujer y se siente atraída por el *vir*, es decir «el varón de verdadera hombría».

Noción compleja, políticamente incorrecta, con cierto perfil de *fatuum*, deja sin embargo espacio para la actuación del agente. La historia, sujeta a leyes inmanentes, crea un entorno cíclico donde el libre albedrío es la capacidad de llevar a cabo actos no azarosos ni caprichosos, «sino realizados por el agente a conciencia, de manera autocontrolada e incluso disciplinada» (pág. 34). En ausencia de ese cálculo racional los sucesos quedan a merced del *fatuum*.

Consejo al príncipe: utilizar la *virtú* para protagonizar la historia.

Know how, extemporánea expresión para esa *virtú* que es capacidad cognitiva prác-

⁶ E. Cioran, *Historia y Utopía*, (1961), Barcelona, Tusquets, 1998, p. 77.

tico-racional e incluye actuar a veces contra los principios morales clásicos. «Un príncipe (...) no puede observar todo aquello por lo que los hombres son considerados buenos, dado que, para conservar el Estado, a menudo necesita obrar contra la lealtad, contra la caridad, contra la humanidad, contra la religión.» Ánimo flexible, poco escrupuloso, supone actuar «según lo exijan los vientos de la Fortuna y las variaciones de las cosas»⁷.

Manual de casuística política, *El Príncipe* despliega (para todos los principados y repúblicas que existen realmente) la inquietante lógica de la razón de Estado. La *virtú* frente a la Fortuna no sólo es el dique en la metáfora de la Fortuna como río: se debe actuar en cada ocasión como las condiciones aconsejan, saliendo como gobierno unipersonal de la fase descendente «corrupta» y «degenerada», permaneciendo en lo posible en la fase ascendente de la historia donde se disfruta la bonanza con gobierno mixto. Modelo épico, el príncipe, liberado de la angustia metafísica debe buscar la estabilidad política y el bienestar individual y colectivo.

Así pues, ningún Zorro / fundador debe hallar cobertura ideológica en el clásico. La trasgresión es coyuntural. La permanencia autócrata en ella resulta autodestructiva. El propósito es mundano: «el fin al que apunta la *virtú* es, o bien garantizar el *vivere civile* propio de la organización social republicana (*virtú* colectiva de los ciudadanos), o bien poner los fundamentos para remontar la decadencia y llegar a tal organización social (*virtú* del príncipe) (pág. 41).

No hay ruptura entre ética y política. Es lo que la autora de esta edición insiste lúcidamente en subrayar del clásico político. *La ética está pensada en otros términos*. «Lo que (Maquiavelo) considera un error es que la política se piense idealizándola contra la evidencia empírica a costa de supeditarla rígidamente a las normas y valores cristianos» (pág. 42)

La lectura no es salvífica: «el pensamiento no especifica lo suficiente el tránsito que permite alcanzar el ideal republica-

no. El fin (el bien común) puede ser usado por el príncipe como coartada para, mediante cualquier medio, cometer desmanes en aras de su propio interés» (pág. 42). Pero la legitimación aparece entonces de forma indirecta: es la insatisfacción de los súbditos (en la medida en que puede destituir al gobernante) la que opera como condición del mantenimiento del poder. Las buenas leyes y las buenas instituciones políticas deben serlo para que ese poder se mantenga.

En el contexto de una épica mundana (pág. 40) el florentino quiso elaborar un modelo que sirviera para el «hombre nuevo», capaz de hacer frente a la corrupción. Un príncipe fundador, fundador de sí mismo como político virtuoso y del Estado. Liberado de la angustia metafísica de una moral trascendente, debía motivarle el afán de gloria⁸, el deseo de que sus actos perduren en la memoria de los otros despertando su admiración. El hecho de ser recordado, «un inmenso deseo de copiar a los buenos» para tras su muerte volverse gloriosos y no en sempiterna infamia...

Historia e infamia: *Eudoxa del forense*

Estimulo inquietante, se trata entonces de la buena opinión del administrado pero también de la del superviviente que realiza la autopsia del difunto. La encontramos examinada con rigor desde las argumentaciones iniciales de la *Ética a Nicómaco*, el honor (*timé*) es el fin al cual se orienta la vida práctico-política (*bíos politikós*). Sublimada en los modelos latinos a los que Skinner atribuye tales exigencias⁹. Diderot y D'Alembert recuerdan esta cuestión en el artículo sobre el «honor mitológico» de la *Encyclopédie*: Marco Claudio Marcelo edificó, uno al lado del otro, el templo a la virtud y el templo al honor. *Sólo pasando por el primero se accede al segundo*. ¿Merece la pena seguir conversando sobre esta cuestión?

En este sentido, es posible acabar como empieza Ángeles J. Perona su introducción: recordando la pertinencia del famoso sueño

⁷ El Príncipe, cap. XVIII.

⁸ Frente al afán de poder, como señalaba Arendt. Hannah Arendt, *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 1998, pág. 82.

⁹ En diferentes lugares, Quentin Skinner, «Machiavelli on the Maintenance of Liberty», *Politics* 18, 1983, págs. 3-15.; «The Idea of Negative Liberty: Philosophical and Historical Perspectives», en Richard Rorty, J. B. Schneewind y Quentin Skinner, eds., *Philosophy in History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984, págs. 193-221. «The Republican Ideal of Political Liberty», en Gisela Bock, Quentin Skinner y Maurizio Viroli (eds.), *Machiavelli and Republicanism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, págs. 293-309.

de Maquiavelo. Al parecer el pensador ensañó a un grupo de hombres mal vestidos que, tras una pregunta suya se identificaron como santos y beatos que se dirigían al paraíso. A continuación se encontró con otro grupo ocupado en conversar sobre política, entre sus miembros reconoció a grandes pensadores e historiadores de la Antigüedad (Platón, Plutarco, Tácito); su aspecto era solemne y, tras preguntarles, le respondieron que se dirigían *al infierno*. Ya despierto, Niccolò Maquiavelli confesó a sus amigos que prefería antes que aburrirse en el paraíso disfrutar de la eternidad conversando con el grupo de condenados al infierno.

También poco antes de morir Jorge Luis Borges dijo, quizás con mayor lucidez, que esperaba feliz la muerte porque tenía *fe* en la mortalidad. Pensaba el fin de su *historia*.

¿Cómo recordará la Historia con mayúscula a los *príncipes* de nuestro tiempo? ¿Es el retiro, empresarial, académico, o empresario-académico, ese que al parecer aguarda a los gobernantes, el lugar, el *tiempo* donde cultivarán éstos las «*praemium virtutis*» por las que quieran merecer ser recordados? ¿Es tan vasto el poder de lo efímero que estos «grandes hombres» (los políticos) saben que no cabe más estímulo que la renovación apresurada de su legitimidad democrática?

Posiblemente, habría que distinguir por nombres y por latitudes, pero no otorgando (a los «príncipes») la lucidez borgeana en confiar solamente en el descanso por extinción, esto es, en la mortalidad, y ni siquiera suponiéndoles la más ordinaria preocupación por su inmortalidad, en tanto que forma de ser recordados, alberguemos al menos la esperanza de que puedan ser olvidados fácilmente.

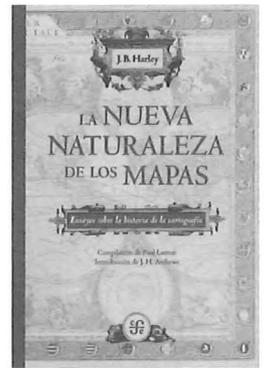
¿Conversarán en el infierno? ¡Ya puestos, mejor aquí! Desde que la globalización acerca el mundo nunca el infierno quedó tan cerca.

J. G. Cívico es abogado, Doctor en Filosofía del Derecho Moral y Política.

Brian Harley: el mapa como metáfora

Anaclet Pons

«... En aquel Imperio, el Arte de la Cartografía logró tal Perfección que el mapa de una sola Provincia ocupaba toda una Ciudad, y el mapa del imperio, toda una Provincia. Con el tiempo, esos Mapas Desmesurados no satisficieron y los Colegios de Cartógrafos levantaron un Mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él. Menos Adictas al Estudio de la Cartografía, las Generaciones Siguientes entendieron que ese dilatado Mapa era Inútil y no sin Impiedad lo entregaron a las Inclemencias del Sol y de los Inviernos. En los desiertos del Oeste perduran despedazadas Ruinas del Mapa, habitadas por Animales y por Mendigos; en todo el País no hay otra reliquia de las Disciplinas Geográficas». (Jorge Luis Borges, *El hacedor*).



Brian Harley
La nueva naturaleza de los mapas,
México, FCE, 2005, 400 págs.

Quizá no haya mejores metáforas que las de Borges y, si convenimos en ello, las referidas a la cartografía no iban a ser una excepción. El mapa, relata el narrador argentino, no es el territorio y, más aún, toda pretensión de hacerlos coincidir resulta vana e inútil. Por eso la desmesurada tarea de perseguir la mimesis ideal produce insatisfacción. Así lo entendieron las generaciones siguientes al preguntarse, con el apócrifo Suárez Miranda, por el rigor en la ciencia. Sin embargo, no todos estarán de acuerdo con el efecto propuesto.

De hecho, la perspectiva tradicional ha entendido que un mapa es sólo una imagen gráfica que representa cierto aspecto del mundo exterior. Para realizar este cometido —se